



Nuestra bella compatriota, María Alba,
en el papel de protagonista de la pe-
lícula Fox CAMINO DEL INFIERNO.

AÑO II N.º 32
23 de mayo de 1931



EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda, por Anita Planas. —
La polémica del cine: opinión de
Adrián Gual, por Antonio Orts-Ra-
mos. — Fotografías de la interesante
película La última orden, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



JUAN DE LANDA
en la película de la M.-G.-M.
"Estrella Negra", de la que es protagonista con
Virginia Fábregas, Elvira Morla
y María Luz Callejo.

● CINE RUSO ●

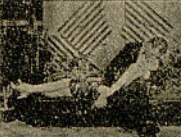
FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación 219 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 30 y 32



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses. 375.
Seis meses. 750.
Un año. 15.

América y Portugal
Tres meses. 475.
Seis meses. 950.
Un año. 19.



CADA SÁBADO

NÚMERO SUELO
30
CÉNTIMOS



El último acontecimiento registrado en el campo de la cultura universal es la revelación del arte ruso. Un arte nuevo para nosotros, pero viejo en sí mismo, que hasta hace poco permanecía latente entre las llanuras esteparias de Siberia y las tierras conocidas de la vieja Europa. Si algo de él sabíamos no era por lo que propiamente valía y significaba, sino por la relación que tenía con otras escuelas de arte del mundo entero.

El conocimiento de la literatura y de la música rusa — los dos aspectos más popularizados hasta hoy del arte ruso — equivalió a una revelación trascendental que se hacía el hombre a sí mismo, hasta maravillarse de que en la exigua extensión del mundo civilizado existiese, desde tiempo inmemorial, una concepción del arte — de la belleza estética — que nada tenía de común con las formas clásicamente aceptadas.

Sin embargo, a pesar de habernos dado perfecta cuenta de su existencia, el pueblo ruso continúa viviendo para nosotros en una lejanía espiritual, infinitamente superior a la que representan unos miles de kilómetros por carretera o vía férrea. Vamos conociendo su espíritu estético con un rezago que no sólo equivale al que naturalmente lleva consigo todo conocimiento de la verdad histórica, sino que está sensiblemente agravado por las dificultades de su actual situación política.

Hoy nos dedicamos con pasión a estudiar las manifestaciones artísticas de Rusia de antes de la gran guerra, al paso que desconocemos, al menos en todo su valor intrínseco, las que hoy está produciendo para arrancar de raíz los conceptos más arraigados. A Rusia la estudiamos todavía como los astrónomos estudian las estrellas apagadas que, por estar distantes de nosotros a muchos años de luz, aun pueden ser contempladas, a través de los espacios infinitos, en unos haces de luz que salieron, siglos atrás, de un sol hoy totalmente apagado.

No obstante, tenemos ya a nuestro alcance una fuente de información sobre la Rusia actual que merece toda la atención: el cinematógrafo. La producción cinematográfica que de allá va llegando a nosotros no pertenece, como sus poemas sinfónicos, a las postrimerías del siglo XIX, ni fué creada, como la mayoría de sus obras literarias, en la época inmediatamente anterior al período de 1914 a 1918.

La producción cinematográfica que hoy vemos en la pantalla es de nuestros días, está realizada en el mismo ambiente de época que nosotros vivimos, y por eso

tiene un valor incalculable como documento de estudio de una nación vieja que presenta todo el empuje vital de un pueblo recién creado. Las películas rusas que vamos viendo no son todavía la narración de los episodios históricos que hoy vive Rusia, pero sí son el exponente más incommovible de su nueva vitalidad, como producto de un análisis étnico quintaesenciado en los fantasmas del arte cinematográfico.

El cine, arte joven por excelencia, es el mejor campo de experimentación del moderno espíritu de Rusia. El arte se desborda en él con la impetuosidad de un helero a impulsos de un calor intensamente primaveral. En las películas rusas parece como si el director tuviese en la mente un tropel de visiones maravillosas e, impulsado por ellas, se viese obligado a elegir un tema — un tema de rebeldía, de guerra, de vida campesina, de simple concepción artística — para dar así salida, por un cauce asequible, al río de arte que se desborda.

Por eso, tras una escena de sublime visión artística, vemos otra de refinada observación natural que nos subyuga irresistiblemente; tras una insospechada renovación de las formas comunes del cine, vemos otra que transforma de golpe la vieja estética cinematográfica y, cuando parece que se han agotado ya los recursos de una técnica que, a un tiempo, demole y construye, aun surgen visiones y más visiones que sobrepujan a todo lo que hayamos visto en la pantalla y encierran en sí el germen de algo sutil e imponderable que necesariamente ha de nacer de un progresivo perfeccionamiento de la mecánica y la estética.

Acostumbrados como están nuestros ojos a una técnica que, en su normal desarrollo, sólo admite, de cuando en cuando, atisbos de lo superior, se nos antoja muchas veces que la película rusa no es para espíritus trasegados como los nuestros. Es para espíritus completamente vírgenes sin la influencia de cánones y prejuicios de un arte minuciosamente conocido.

No quisiéramos decirlo, pero, al ver las películas rusas, sentimos como si su pujanza artística nos abrumara el espíritu y nos agudizara atrozmente la sensibilidad. Quisiéramos verlas por fracciones bien definidas — por capítulos, como se lee el «Quijote» — para que cada una de ellas por sí sola nos dejara gozar las bellezas estáticas — estáticas más que dinámicas — que siempre encierra cualquier film realizado en la vieja tierra de los zares.

LORENZO CONDE

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si to desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

189. — *Una Oriolana* desearía saber quiénes eran los principales intérpretes del film sonoro *El Viking*, que se proyectaba en el Fémica de Barcelona, en el mes de diciembre de 1929.

¿Tendrán la amabilidad de decirme también con qué y cómo se maquillan las artistas cinematográficas para filmar? Mil gracias anticipadas.

190. — *Josefina Muñoz* ruega le comuniquen la dirección de los artistas de cine José Mojica y Ramón Navarro, y si dichos artistas se encuentran viajando; también le agradecería saber en qué población se encuentran.

191. — *Antonio Samaniego* desearía saber si John Gilbert y Clara Bow, al fin sirven para las cintas sonoras, pues a esta última, según informes, no le registra el micrófono la voz y, sin embargo, le han subido el doble de salario y un nuevo contrato.

192. — *Juan Cebrían* desearía saber si es verdad que Douglas Fairbanks se retira del cine.

193. — Dice *Lady Mariam*: En el número 14 de la revista *FILMS SELECTOS* encontré el título de una canción cubana que hace tiempo andaba buscando y no ésta sólo, sino dos más, también cubanas, que se titulan *Te odio*, *Me odias* y *Todos los negros tomanos café* y les agradeceré me informen quiénes son los autores de ellas, ya que sin esto no saben contestarme en ningún almacén de música.

194. — De *Un admirador de Tahoser*, para la misma: Desearía preguntar a la simpática egipcia si tendría la bondad de decirme los films principales de Florence Vidor y de Gloria Swanson. Si no le es molestia.

195. — *Un pobre enamorado* desearía saber qué es lo que tiene que hacer para crecer de 5 a 10 centímetros. Si hay algún amable lector de este semanario que quiera decirme lo, le agradeceré lo dirija a la siguiente dirección: J. Roig Pascual, calle Puvill Oriol, 2, Reus.

196. — De *Dos gentlemen*: ¿Habrá algún amable lector o simpática lectora que nos diga si existe alguna artista en el cine que sea célebre y tenga de diez y seis a diez y ocho años? Si es que la hay, ¿tendrían la bondad de decirnos su nombre y algo referente a su vida artística y privada? Mil gracias anticipadas.

También desearíamos sostener correspondencia con las simpáticas lectoras que se firman *Dos capullos... casi rosas*, haciéndoles constar que somos dos íntimos amigos sevillanos y grandes cineastas.

197. — *Un admirador de FILMS SELECTOS* desearía que *Mariza de los ojos garzos* le dijese su verdadero nombre y domicilio, para cambiar correspondencia con ella.

CONTESTACIONES

166. — Para *Alfredo*: Jeanette Mac Donald, nació en Escocia, y es la estrella de los «talkies» cuya pronunciación inglesa se considera más perfecta.

Muy joven aún, se dedicó al teatro, donde obtuvo grandes éxitos por su bellísima voz y gran talento artístico; buscando más amplio horizonte donde desarrollar sus aptitudes, después de vencer la oposición de su familia, marchó a Norteamérica, donde a fuerza de luchar logró hacer resaltar sus excelentes cualidades de actriz, haciendo que

un periodista dijese de ella que era la «muchacha de los cabellos y voz de oro», frase que la popularizó y que hizo a Henry Savage, director cinematográfico de la Paramount, fijar su atención en ella.

Después de varias pruebas, de las cuales salió victoriosa, le fueron confiados algunos papeles de importancia, hasta que su insuperable interpretación en *El desfile del amor* ha hecho de ella la actriz más solicitada en el mundo de los «talkies».

Jeanette Mac Donald posee la voz más perfecta, microfónicamente, que hay hasta la fecha.

Lilian Roth nació en Boston, en 1911. Su madre, una apasionada por el teatro, ya que no había podido ser ella artista, decidió que su hija lo fuese.

Desde muy niña, empezó Lilian, a aprender baile y declamación; a los cuatro años, se trasladó a New York, donde continuó sus estudios artísticos.

Trabajó en los estudios cinematográficos de Fort-Lee. Los críticos decretaron que Lilian era un astro de primera magnitud, pletórico de promesas.

Siguió Lilian trabajando en el teatro, siendo la niña mimada del público, por su belleza y su arte.

Trabajando con Maurice Chevalier, la descubrió Jesse Lasky, quien tenía contratado a Maurice para *El desfile del amor*, y a quien había ido a ver actuar en el escenario.

Lilian salió a escena y empezó a cantar y a bailar... Aquella misma noche Lasky habló con Lilian, que al día siguiente firmaba un contrato en excelentes condiciones.

Ha filmado varias películas, entre ellas *Ilusión* y *El rey vagabundo*, y pronto la veremos en *Honey*, su nuevo film bajo la bandera de Paramount.

Como las direcciones de las estrellas (las particulares) es muy difícil, casi imposible conocerlas, lo más seguro es dirigirles la correspondencia a la casa donde prestan sus servicios.

Por tanto, puede dirigirse a Jeanette Mac Donald y a Lilian Roth, a Paramount Building, Nueva York, ya que las dos están en la misma casa.

167. — Para *Una admiradora de la revista*: Barry Norton tiene veinticuatro años y es soltero, no conociéndosele, hasta ahora, ganas de casarse; por lo tanto, puede estar tranquila.

168. — Para *Dos admiradoras de Chevalier*: Maurice Chevalier nació en 1893, tiene cuatro películas: *La canción de París*, *El desfile del amor*, *El gran charco* y *Petit café*. Casado con Iyonne Vallée; su compañera en *Petit café* es Frances Dee.

Nota de la Dirección. — Las notas sobre Chevalier que envía *El hijo del Zorro* no concuerdan con las de nuestros archivos, pues según ellos nació en 1892 en Menilmontand (París) y, además de las películas exhibidas, ha hecho anteriormente *Boxeador* y *L'affaire de la rue Laneri*. Respecto a su compañera en *Petit café*, efectivamente es Frances Dee en la versión inglesa, pero en la francesa lo es Iyonne Vallée.

169. — A *Un admirador de Billie Dove* le contesta *Armando Dupal*: Las películas que ha interpretado esta beldad del cine, por la que siento verdadero entusiasmo, y que al lado de Colleen Moore forman mi pareja ideal preferida, son las siguientes: *Corazones y contratos*, *Todos los hermanos fueron valientes*, *Locura de juventud*, *El pirata negro*, *El sastre Botines*, *El vaquero sevillano*, *Un asunto del Follies*, *La belleza encadenada*, *Justicia antigua*, *El ladrón de frac*, *La vuelta del lobo solitario*, *Por mal camino*, *Promesa en prenda*, *¿Deben las bailarinas casarse?*, *Belleza americana*, *Las buscasenciones*, *Lusiana*, *El corazón de una muchacha del Follies*, *El asunto de su mujer*, *La presumida*, *Llamas de juventud*, *El mercado del amor*, *Los húsares de la reina*, *La odisea de una duquesa* y *Adoración*.

El artista que aparece junto con Colleen Moore en su cinta *De telefonista a millonaria*, es el simpatísimo Jack Mulhall. Espero quedará satisfecho.

Desearía cambiar con usted correspondencia particular para conocer su opinión sobre el cine, por lo que le ofrezco mi dirección: Sierpes, 75, Sevilla.



y piernas esbeltas son indispensables para la mujer verdaderamente elegante. La hinchazón de las piernas debida a la deficiente circulación de la sangre debe combatirse con una media especial, que presione científicamente.

Ni las anti-higiénicas medias de goma, ni las vendas ineficaces cumplen tal condición.

Únicamente la

media reductora ACADEMIC

de mallas extensibles, sin goma ejerce la debida presión, suave y agradable que activa la circulación de la sangre y reduce progresivamente los tobillos. No dá calor; es lavable e invisible bajo la media más fina.

Los médicos la recomiendan.

La elegancia la impone.

De venta

Barcelona: A. Bloch
Rbla. Cataluña, 11
Madrid: El Paraíso
C. San Jerónimo, 4
y principales ortopedicos de España.

GRATIS

recibirá el interesante folleto "Tratamiento de los varices y reducción estética de la pierna" mandando el cupón adjunto debidamente completado.

A. BLOCH - Rbla. Cataluña, 11 - Barcelona

Nombre
Calle
Ciudad
Prov.

n.º

ADRIÁN GUAL

El aspecto señorial, sobrio y casi adusto del Ateneo Barcelonés me impresionó de tal modo, que a duras penas pude decirle al portero el motivo de mi visita. Menos mal que el filosófico servidor de los intelectuales de la Ciudad de los Condes se hizo cargo de mi turbación y ayudóme a formular mi deseo.

—El señor, sin duda, deseará hablar con algún novelista, poeta, dramaturgo...

—Eso es, dramaturgo, dramaturgo es el que yo busco.

—Entonces el señor debe de querer ver a Fulano, Mengano...

Y me citó varios nombres hasta que llegó a Gual.

—Ese es el que me interesa: el señor Gual.

—Pues pase el señor a esa salita, que ahora mismo lo aviso.

Y en la salita hube de esperar tan poco, que apenas tuve tiempo de observarla, cosa que me agradecerá el lector, porque, de lo contrario, se la hubiera descrito.

El señor Gual se presentó al instante en ella, muy cortés, muy afable, muy sencillamente, y su actitud acogedora me devolvió el uso de la palabra.

—Es muy difícil dar una idea justa del concepto que se tiene del arte de la pantalla — me dice, en contestación a mi pregunta.

—¿Lo cree usted así?

—Sí — afirma el dramaturgo catalán —, porque hay que tener en cuenta que el arte de la pantalla se halla muy lejos de su definitiva definición.

—¿Quiere usted aclararme eso, don Adrián?

—Con mucho gusto y hasta donde me lo permitan las reservas consiguientes a que me obliga este criterio que a muchos parecerá absurdo.

—A ver, diga usted, que le escucho y anoto.

—El cine, como la palabra — continúa el señor Gual —, puede ser arma de salud o tóxico de los más terribles. Es un elemento de expresión dispuesto a todo. Lo mismo a lo bueno que a lo malo y, lo que es peor, a lo insignificante...

—Y eso sería imperdonable — le interrumpo, continuando como si no me hubiera oído.

—El cine tiene la gran fuerza de los esplendores a cambio de la vitalidad diezmada de sus personajes, pero es una fuerza que se impone conducirla y orientarla.

—Y con esa dirección orientadora, ¿sería ya definitivo el valor del cine?

—Quizá — duda un momento —. Pero si yo fuese público, o mejor dicho, si mi parecer imperase entre el público, la película informativa, de lo que vale la pena — aclara, sonriendo —, y la de naturaleza y grandes leyendas al lado de la educativa, bajo todos sus aspectos,



constituirían los repertorios al día. Y conste que no quiero decir con esto que abdique de una manera definitiva a tantos de los géneros que se cultivan hoy en la pantalla y a tantos otros que se podrían cultivar si los sugiriese un alto sentido estético y se apartaran en todo momento de lo pernicioso.

—¿Así que usted cree en la posibilidad artística del cine?

—Y puestas en él — me contesta espontáneamente — muchas esperanzas, pero no sé todavía de qué color deben investirse.

—¿De color de realización?

—Eso hay que dejarlo al tiempo — sonríe el dramaturgo, esquivando la profecía — y a la atención constante de aquellos a quienes incumba el trazo de estos caminos tan interesantes para el

proceso de la emoción y de la cultura popular.

—¿Silente o verbal? ¿Cuál es el que prefiere?

—Lo que le dejo dicho es todo. Yo en arte no tengo preferencias.

—Pues muchas gracias por su atención — le digo despidiéndome.

—Las mismas que yo le doy por su visita.

—Pero es que yo no las merezco, don Adrián.

—¡Ah! ¡Ah! — comenta el autor de «La pobre Berta» acompañándome hasta el zaguán del palaciego caserón que tanto me intimida por su aspecto y por habitar en él esa cosa tan tremenda que se llama «intelectualismo».

ANTONIO ORTOS-RAMOS

Juicio de algunos críticos sobre nuestro artista:

«NOZIERE», en «L'Avenir»: «Magnífico estuvo José Noguero de gesto y expresión. Es un joven de gran talento y aptitudes».

VICTOR Meric, en «Le Quotidien»: «José Noguero se ha revelado en «Le sexe faible» como un brillantísimo primer actor».

JEAN Lassene, en el «Amic du Peuple»: «José Noguero se destacó como un cómico fino, y de una gran comprensión en la incorporación de su difícil personaje de «Carlos». Celebramos que este artista desconocido de «ayer», sea hoy una gran figura en el teatro».

José Noguero es hoy también «estrella» de «Pathé Nattan». Comenzó su vida artística actuando por los «music-hall» provincianos de Francia. Muchas veces doblaba cuatro y cinco papeles: un «valet», un agente de seguros, un guardia, un pilluelo... Muchos días, también, se ha mantenido con un trozo de pan y un poco de queso. Presagios horribles bajo este cielo plomizo de París.

Una noche iba a cambiar extraordinariamente la vida del artista. Fué en Burdeos; regresaba de Tánger, donde había ido a buscar trabajo. Asistió a una representación en un teatro de barriada.

Después de que terminó la función, fué a saludar a sus compañeros.

El director artístico de la compañía repartía los «papeles» de una obra próxima a estrenarse: «Le maître de son cœur». Uno de los actores de la compañía tuvo miedo a comprometerse en uno de los personajes más importantes.

—Confíeme usted a mí ese papel — pide, audazmente, José Noguero.

El director de escena, dirigiéndole una mirada severa, contesta:

—Esto no es ninguna escuela de artistas. —

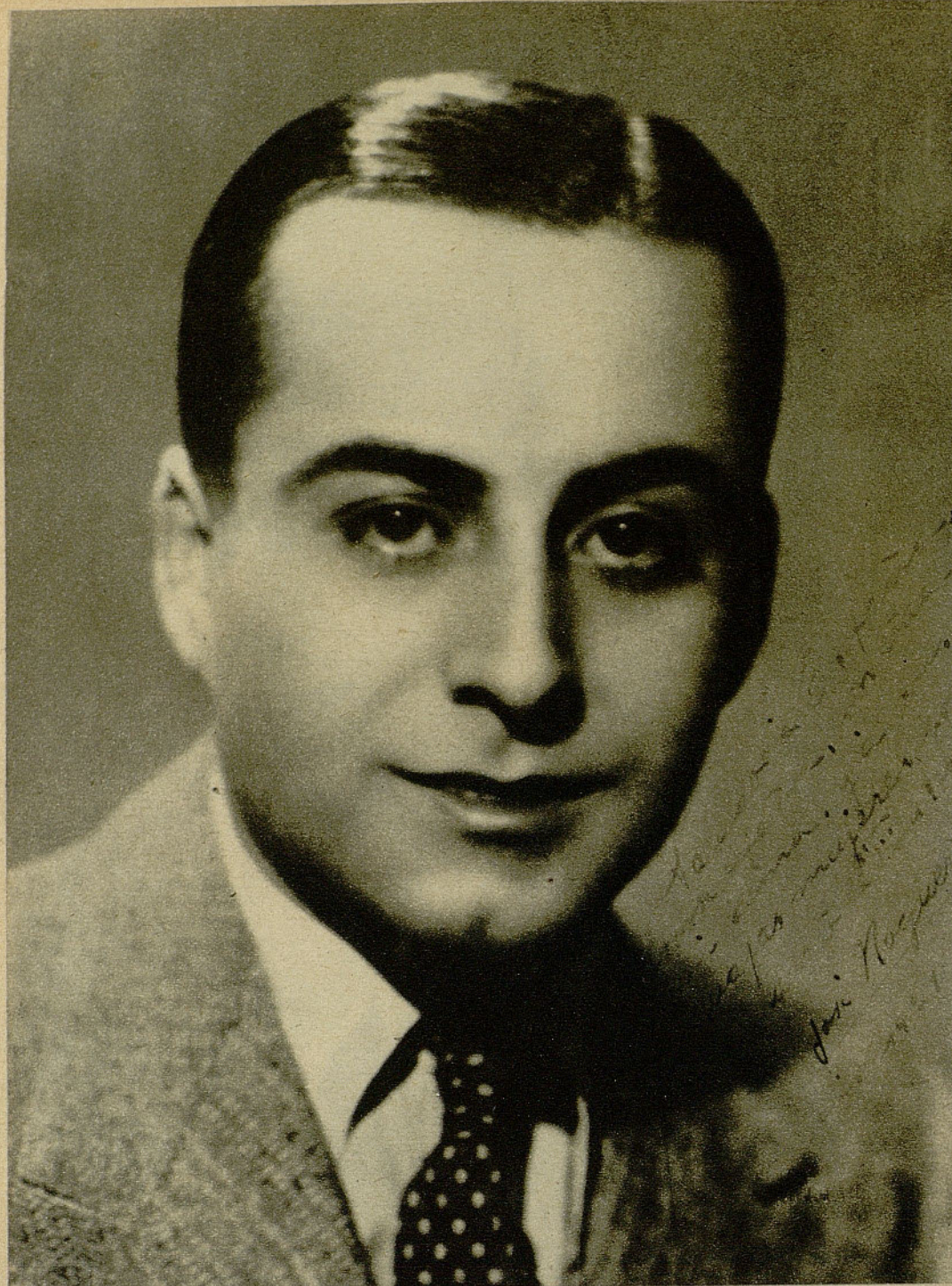
José Noguero no se inmuta por ello y, rápido, reta:

—Hagamos una prueba, señor director. Usted no me pierde nada. Me da usted el papel, lo estudio y mañana vengo a recitárselo. —

El director, ante el valor de aquel muchacho, se queda reflexionando un instante, y, en la imposibilidad de buscar un nuevo artista por lo apremiante del estreno, accede:

—¡Eh! Bien; conforme; mañana me lo trae aprendido. — Al siguiente día José Noguero hacía un debut, con su gran papel, un primer gran «rôle».

Otro día acertó a pasar por aquella población el escritor Marcel Achaud. Vió el trabajo del muchacho, y en un entreacto conversó con él, instándole a que se viniese a París. Entonces, Eduard Boudet, el autor de «Le sexe faible», le dió un «papel» de «Carlos», un muchacho sudamericano que llega a París en busca de trabajo y termina viviendo de las



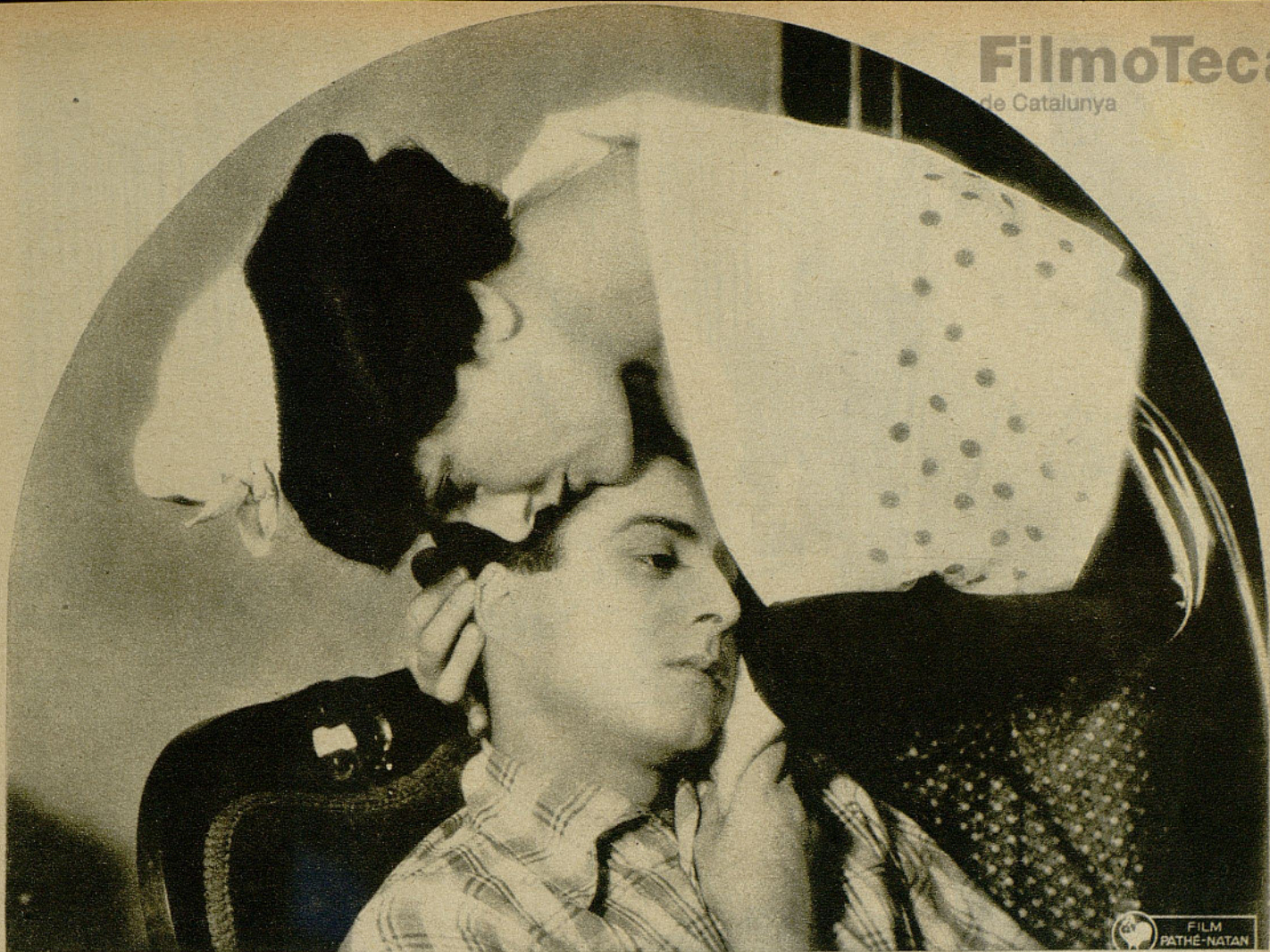
He aquí a José Noguero, nuestro ilustre compatriota que triunfa en París como actor de teatro y de cine, tal como es en la vida real.

UN GRAN ARTISTA ESPAÑOL EN PARÍS

Un primer actor.-La novela de su vida.-Artista de "cine".-El gran y primer amor de su vida.

José Noguero es hoy en París uno de los actores favoritos de la comedia. Cuenta solamente veinticuatro años. Ha tenido unos comienzos fatales. Días de tristeza, miseria. Sin pan ni casa; batido por este clima horrible de París, que en invierno corta las carnes, donde no existe la mano generosa que se tienda al amigo desventurado. Todo es egoísmo, lucha; bajo la pezuña de los fuertes, han de perecer los débiles. El Sena guarda secretos de juventudes floridas. Este artista español ha trabajado en el cinema, y se ha destacado de una manera prodigiosa en el teatro. La obra de su consagración ha sido el mayor éxito teatral de París: «Le sexe faible», de Mr. Eduard Boudet, una comedia en tres actos, de sociedad y circunstancias. Es algo de folletín la vida de José Noguero, hasta que su voluntad y talento lo llevaron al primer teatro de París: «Michodière».

NOTICIAS DEL MUNDO



En esta fotografía se ve a José Noguero en una escena dramática con Mme Darmoz de la película Pathé Nattan, «L'Arlesienne».

mujeres. Y en este personaje tan difícilísimo, por lo mal situado, pero que elegantiza el señor Noguero, se ha dado a conocer el artista.

Ahora veremos lo que nos cuenta el actor cinematográfico.

—¿En qué film ha tomado usted parte, amigo Noguero?

—«La Tendresse de Bataille»; «L'Arlesienne», de Alfonso Daudet; «La Maison de Danses», de Paul Rebaux, con la cantante Gaby Morlay. Todos de «Pathé Nattan». Yo creo que asistimos actualmente a un proceso curioso de lo que será el cinematógrafo. Soy partidario del cine parlante con poco diálogo. Actualmente el contrato que me liga con la empresa del teatro «Michodiere» me ha impedido aceptar otro que me ofrecieron para trabajar con la «Ufa». Si la «Fox» instalase estudios en París trabajaría con ellos. Francamente, tengo grandes deseos de ir a Hollywood. Ahora estudio canto, que creo imprescindible para el avaloramiento de mi carrera.

—Luego así dispone usted de muy poco tiempo para saborear la vida: joven, famoso, con una carrera espléndida... — José Noguero ríe francamente a mi halago.

—Y tampoco... Cuando dispongo de algunas horas, leo: Cervantes, Calderón, Martínez Sierra; de los contemporáneos es a quien más admiro.

—Entonces ¿en su vida no se ha cruzado aún ningún amor? —No ha sentido usted el embrujo de unos ojos negros; el cariño espiritual y sentido de una muchachita rubia?... —

El artista frunce un momento el ceño. No sé cómo terminará la entrevista por esta indiscreción mía.

—¿Pero esto también debo de decirlo?

—Perdóneme, amigo Noguero. Tenga usted en cuenta que nuestro gran público es femenino. Las muchachas son curiosas sobre todas las cosas. El artista de «cine» ha de confesar sus grandes o pequeños secretos. De su historial romántico depende en gran parte el éxito de su carrera artística.

El joven actor se resigna. Leo en sus ojos, ventanas de su alma grande y buena, que no inventa una declaración. Llanamente, con acento sentido, me confiesa:

—Fué en la noche de mi éxito. Yo lloraba de emoción en un rincón de mi camerino: artistas, críticos, llegaban y me

abrazaban felicitándome. Azorado, trataba de esconder mi insignificancia por aquellas manifestaciones para mí inmerecidas.

José Noguero calla un momento. En sus ojos asoman dos lágrimas.

—Llegó a mi cuarto una muchachita angelical, muy modestita, y me ofreció temblando una medalla de la Virgen. Me felicitó con una sinceridad tan grande, que aquello me llegó al corazón. Después de esto fuimos amigos.

Esto me dice el artista, pero yo adivino en aquella mujer su gran amor de hoy.

—¿Qué artista de cinema admira usted más, amigo Noguero? ¿En qué momento ha sentido con mayor fuerza el deseo de vivir?

—Charles Chaplin. Para mí es el mejor artista.

El repórter desea inquirir si esta contestación es rutinaria, por las veces que se repite.

—¿Por qué le gusta a usted Charles Chaplin?

—¿Que por qué me gusta Charles Chaplin? Porque le encuentro idealizado con su trabajo. Además, que tiene una comprensión tan grande de la vida, que matiza todos sus gestos. El momento más alegre que he tenido fué la noche en que debuté en el primer teatro de París. Nunca soñé que un autor pudiese proporcionarme un éxito tan grande.

José Noguero ha pasado del gesto alegre a la expresión dolorosa.

—También — me dice — he pasado días muy tristes cuando no tenía qué comer. París es horrible sin recursos. Si te ven en la calle tirado y medio muerto de hambre, te pisean para que termines de una vez. Hubo momento en que creí enloquecer. Mi fe y la suerte me ayudaron. También me acuerdo mucho de España; en Madrid tengo a mi hermana estudiando.

«ENVIO». — José Noguero, yo te deseo el triunfo en tus aspiraciones legítimas, porque eres un gran luchador y un buen «humano». Aprendiste a vivir sufriendo.

LUIS SÁINZ DE MORALES
París, abril 1931



HOLLYWOOD
+ PARIS +

ALTAVOZ

PARÍS: «GAUMONT-FRANCO-FILM». Se espera con mucho interés el estreno de las dos últimas producciones de esta importantísima marca: «Pasaporte 13444», que ha dirigido León Mathot, y «La Métisse», que ha sido rodada en los estudios que posee «Gaumont» en Niza. Este último film ha sido tomado de la novela original de Pierre Daye, el novelista que recibe diariamente trescientas cartas de amor. Los principales protagonistas de esta cinta son: Laurence Clarius y Habib-Benglia. Invitados por «Gaumont-Franco-Film», asistimos al estreno, en prueba privada, del grandioso film: «Los ángeles del infier-

Fania Fedor y Jean Mathot en «Pasaporte 13444», película Gaumont-Aubert, recientemente terminada.



Laurence Clarius, en «La Métisse», película que rueda actualmente Grenillon en los nuevos estudios de Niza de Gaumont-Franco-Film-Aubert.

no», que se proyectó en «L'Elysée-Gaumont». Esta película es algo maravilloso en técnica, realismo y fotografía. No es un film vulgar de guerra ni de evoluciones más o menos vistosas de aeroplanos, es algo maravilloso que deja en nuestro espíritu huella imperdurable.

HOLLYWOOD. — Algunas de las más importantes empresas de cine han suspendido el rodaje de films hablados en español ante la mala calidad de los artistas exportados recientemente. Con esto se afianza la necesidad imperiosa de construir buenos estudios en España. Nosotros no sabemos si es culpa de los artistas, de los directores o de las casas productoras. Hoy día Hollywood ya no despierta ninguna sugestión.

MI PRIMER AMOR

CONFIDENCIAS
DE LOIS MORAN

¿CONQUE «unas confesiones íntimas, unas cuartillas contando a los lectores de su periódico mi primera novela de amor»? Decididamente, amigos reporteros, son ustedes el mismo demonio.

¿Se dan exacta cuenta de lo que me han pedido? En primer lugar quieren que escriba para el público, cosa que no he hecho en mi vida y que no volveré a hacer jamás, porque para eso están ustedes, y, en segundo lugar, lo que quieren que escriba es lo único que yo no quisiera escribir. Ustedes no se conforman con romper el más precioso secreto sentimental de un corazón, sino que pretenden que lo rompa uno mismo, y nada menos que desde las columnas de un periódico, para que lo que hasta ayer no sabía nadie, hoy lo sepan millares de personas.

Créame usted que mi primer pensamiento fué arrojar despreciativamente su carta al cesto de los papeles, pero, sin duda, hay en la ingenua audacia de su petición una fuerza misteriosa, porque ya ve usted que cojo la pluma y me dispongo a complacerle.

Mi primer escarceo sentimental — es aventurado llamarle amor — data de mucho antes de mi ingreso en los estudios cinematográficos. Yo era aún una niña ingenua que no sabía nada de la vida y que tenía del amor un concepto pueril y disparatado, es decir, el aprendido en los cuentos infantiles, pues no había leído jamás una novela, primera y principal porque no me inspiraban curiosidad ninguna, y, segunda, porque mis padres tenían buen cuidado en impedirlo.

Fácilmente se comprenderá el efecto que pudieron producirme las primeras palabras de amor murmuradas a mi oído.

El milagro se produjo en un baile ofrecido por una amiga en la localidad donde yo residía a la sazón, y el galán era un estudiante de no sé qué, hijo de una distinguida familia, que no creo supiera mucho más que yo de los misterios sentimentales que aquella noche se atrevió a desgarrar.

Creo que es necesario hacer una aclaración. Las palabras de aquel muchacho no constituían una declaración de amor, ni mucho menos. Eran simplemente sondas exploradoras de mi estado de ánimo respecto a él y a los problemas sentimentales que acababa de conocer mi corazón. Acaso estuviera dispuesto a atacar la cuestión francamente antes de que el baile terminara, pero no hubo ocasión. Nuestros diálogos eran siempre interrumpidos por amigos indiscretos que estaban muy lejos de sospechar lo que se tramaba entre nuestros corazones.

Al día siguiente, por mediación de una amiga, recibí una carta suya en que me exponía con claridad y discreción todo lo que la noche pasada no había podido decirme.

Sentí que me ardían las orejas al leer la carta en presencia de mi amiga. Creo que mis lectoras comprenderán fácilmente lo que pasó por mí en aquellos momentos, y más cuando les diga que mi pretendiente, después de hacerme una declaración en toda regla, me pedía una respuesta por carta; ¡una cita! para tratar el asunto verbalmente.

¿Amaba yo a aquel joven? Ahora me doy cuenta de que no le amaba. Nos conocíamos desde niños. Habíamos sido compañeros de colegio. Me era simpático. La noche anterior había abierto un mundo de emociones a los ojos de mi alma. Eso era todo, si bien es verdad que era bastante.

Nada sabía de las astucias femeninas, pero mi instinto de mujer me dictó la respuesta ambigua en que, al mismo tiempo que rechazaba, daba esperanza para el triunfo en nuevos intentos. Ni respuesta por escrito ni aceptación de la cita. Sin embargo, «no me negaba a tratar con él el asunto verbalmente en cuanto se presentara una ocasión propicia».

(Continúa en la página 24)

Filmoteca
de Catalunya



MI amigo el intelectual unió las manos en actitud conmisericordiosa, estiró el rostro, frunció los labios, enarcó las cejas, y elevó al cielo los ojos por sobre las vistosas gafas de concha. Nuestro conocimiento era puramente literario, y yo acababa de revelararle mi interés por el cine.

—¡Oh, el cine!— clamó, con los dientes apretados, como si hasta le costara vencer profunda repugnancia el dejar que asomara a sus labios la para él abyecta palabra.

Después, en tono confidencial, me hizo la grande e ingeniosa revelación.

—En cierta ocasión — confesó — entré por primera vez en un cine. Proyectaban ¡figúrese usted! «El coche número 13»... ¡¡No he vuelto más!!—

Para gozar mejor del efecto causado en mi ánimo por sus breves y tremendas palabras, descolgó las gafas de sobre nariz y orejas y me miró con los ojos miopes al desnudo, escrutadores. Alcé los míos y repuse:

—Muy bien. Yo, a mi vez, la primera que abrí, por impulso propio, un libro, resultó ser «Las aventuras de Rocambole». Hace más de veinte años. Lo cerré... pero seguí abriendo libros, otros libros... hasta hoy. Y hasta siempre. De haberme detenido en aquel primero, ni habría leído el «Quijote», ni la «Divina Comedia», ni las obras de Shakespeare, ni nada de todo cuanto de bueno y bello nos ofrecen, en literatura, tradición y actualidad... Así, usted, amigo mío, ha sacrificado al «Coche número 13» todas las puras y nuevas emociones que a su sensibilidad exquisita no hubieran podido por menos de inspirar «Los Nibelungos», «Los diez mandamientos», «La caravana del Oregón», «El rey de reyes», «Varieté», «Amanecer», «Sin novedad en el frente», «Y el mundo marcha», «Moana», «¡Aleluya!», las cintas rusas, las «obras completas» de Charlot, algunas documentales, ciertos trozos de cine puro, infinitos paisajes, varios primeros planos, toda esa gama, en fin, del tesoro que para los ojos y para la sensibilidad de un verdadero artista tiene este arte novecentista, pleno de posibilidades y sorpresas, que, si otro mérito no tuviera para nuestra ternura, debería tener, cuando menos, como al-



José Crespo y Conchita Montenegro en la película M.-G.-M., hablada en castellano, «En cada puerto un amor».

FIGURAS

LOS ENTERADOS

gunas criaturas, el de que — siendo de nuestro tiempo — lo hemos visto nacer.

Mi amigo reflexionó un instante. Luego, algo apaciguado, murmuró, continuando su confesión:

—Después, alguna vez, hace ya años, me he asomado a los carteles de los cines. Y he vuelto a ver anuncios similares al de aquel «Coche número 13». El folletín, el melodrama... Y la gente lo soporta...

—¿Sabe usted? — interrumpo —. Ayer quise ir al teatro y tuve que soportar «El proceso de Mary Dugan». Y la gente lo aplaude... —

Mi amigo el intelectual, tan ufano del hallazgo de sus argumentos, ignora — en cine todo se ignora... porque todo se pretende saber — que la esencia de ellos no es sino la esencia de la vulgaridad.

Cuando cualquier señor Esteve al uso, anatematiza el cine, salen a relucir inmediatamente en su discurso estas lapidarias palabras:

—El cine, que es escuela de robos y de crímenes. Y, sobre todo, ¡esas peli-

rados. Ellos, los de esta cinéfila generación, les dirán que los temas de la cinematografía actual rara vez incluyen el crimen o el robo, que sus... atrevimientos de hoy son de género menos tenebroso, más llamativo, más eficaz en lucir los recursos de que el cine dispone actualmente en materia de presentación. En cuanto a las películas de series, los jóvenes, los de verdad entendidos, ni saben de qué se trata. No son de su tiempo. Las películas de series, señores míos, no se han exhibido ni producido de la guerra acá.

No es que falten cosas censurables en el cine. Pero la ineficacia de quienes lo censuran, reside... en que lo desconocen. Hablar por hablar... y se les nota a la legua, por lo que nadie les hace caso. Acérquense a él, aprendan lo que su esencia es, traten de aportar, con amor y conocimiento, el grano de arena individual a su enaltecimiento. Pero ¡por Dios! no nos hablen de películas de series que hace mucho tiempo dejaron de existir. ¿Qué no diríamos de quien ahora anatematizara la moda femenina tremandando contra el polisón?

MARIA LUZ

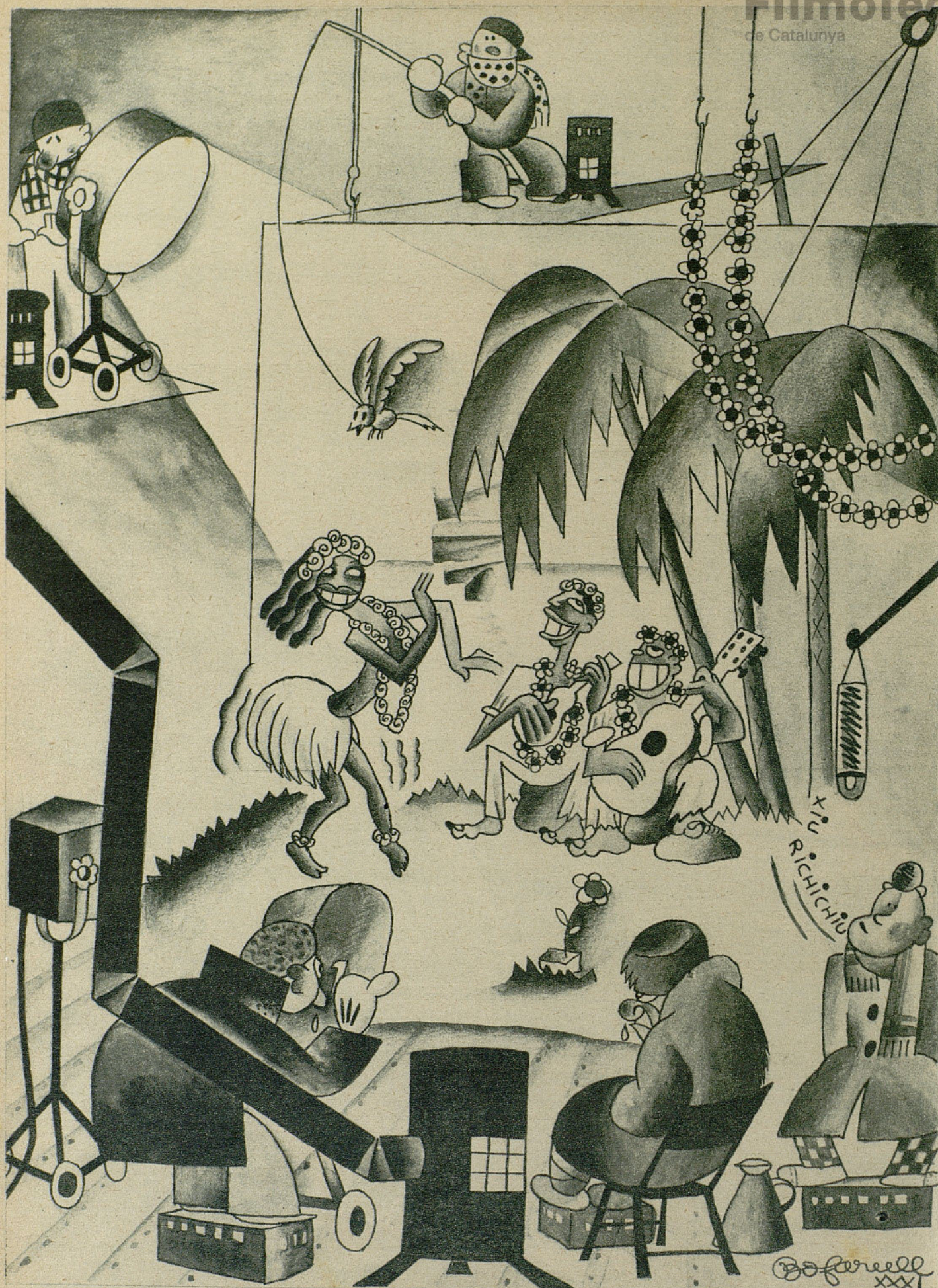
ículas de series!... ¡¡Oh!!... La frase repitese una vez, y otra, y otra, como si todos los Esteves cinéforos del mundo la llevasen estereotipada en la mente y en los labios. Los crímenes que se ven en el cine...; los robos que el cine enseña a realizar... ¡Y las películas de series!... ¡¡Oh!!...

Pues bien: no, señores Esteves; no, señores cinéforos; no, señores «enterrados»; no, admirado amigo y compañero intelectual. Esos argumentos les delatan como ignorantes de cuanto en la pantalla sucede de quince años acá. Ustedes, que, para referirse a una obra literaria o a un personaje histórico, recurrirían a la más farragosa y extensa documentación, por tal de no caer en la más leve inexactitud, hablan de memoria, o lo que aun es peor, de oídas, de vagas referencias, con el mayor descaro, y en cosa que — aunque no piensen ustedes en hacerlo — es facilísima de comprobar.

Yo les recomiendo que, si su desgana por el cine o su temor a pervertirse en él, es tanto que no se atreven a pisar su umbral, pregunten a los jóvenes que, en esto, son los mejor ente-

Jeanette Mac Donald, en una escena de la película Fox «Mio serás», de la que es protagonista con Reginald Denny.



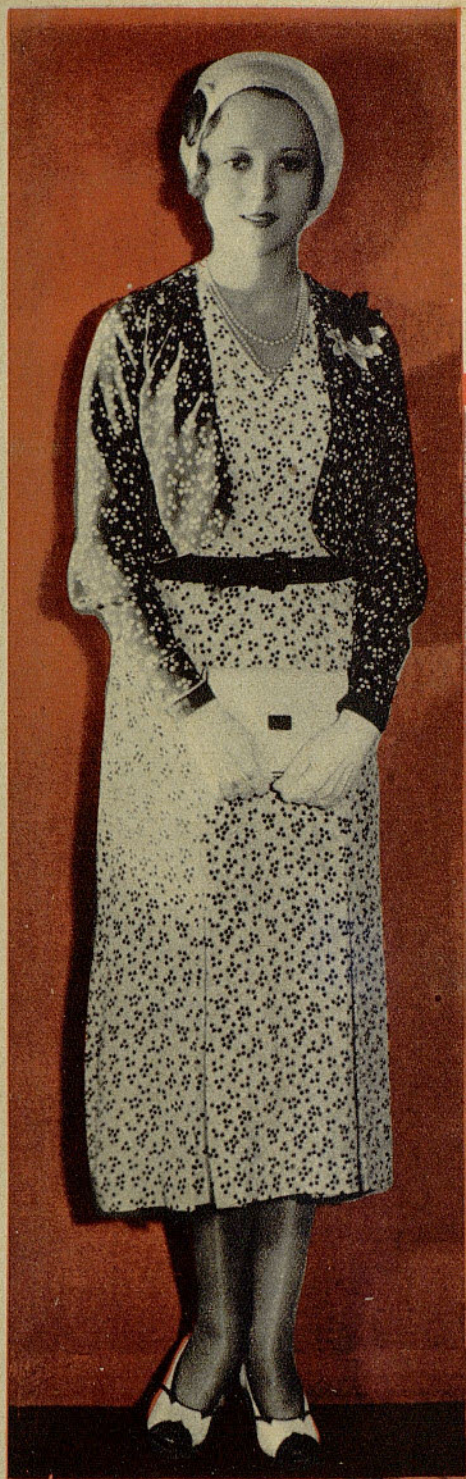


FILMANDO EN PLENO INVIERNO UNA ESCENA TROPICAL

EL CINE Y LA MODA

de Catalunya

UNA ARTISTA ELEGANTE Y DOS NUEVOS MODELOS PARA ESTE VERANO



La linda estrella de la Fox, Sally Eilers, tan celebrada por su distinción, elegancia y buen gusto en el vestir, presenta en esta página, dos modelos que tienen todas las características de la moda actual. El de la izquierda, es un vestido de tarde, hecho con tejido de lunares rojos sobre fondo blanco y completado con una chaqueta de lunares blancos sobre fondo rojo. En la fotografía de la parte inferior vemos a la misma artista con un traje de sociedad, hecho con encaje de Tenerife, de imitación.

A. Planas





Varias actitudes del coloso de la pantalla, EMIL JANNINGS, en la película Paramount "Última orden", de la que es protagonista en unión de Evelyn Brent y William Powell.



ARTISTAS DEL DÍA

Jack Buchanan, el simpático protagonista de la película
Paramount, recientemente estrenada, "Monte-Carlo"

JANET
GAYNOR

chachas», «Cristina», «El subastador», «La novela de un tímido», «Destierro de amor», «Madre mía», «El hilo mortal», «El beso de medianoche», «El águila azul», «El séptimo cielo», «Los cuatro diablos», «Amanecer», «Estrellas dichasas», «El ángel de la calle», «Alta sociedad», etcétera.

JANET Gaynor, la diminuta y gentil «estrella» de la Fox, nació en Filadelfia el 6 de octubre de 1906. Cursó sus primeros estudios en Chicago, trasladándose más tarde a San Francisco, donde se graduó en 1923 en la Escuela Superior Politécnica.

Inmediatamente después, acompañada siempre de su mamá, invadió el amplio campo de la cinematografía. Sus principios estuvieron sujetos a las asperezas acostumbradas, trabajando como extra donde podía.

En aquella época, el director Irving Cumming seleccionaba el personal para la película «La represa de la muerte». Janet era el número cincuenta de las jóvenes que aspiraban al papel protagonista. Mr. Cumming tuvo el buen acierto de fijarse en Janet, acierto del que más tarde se felicitó calurosamente.

Fué elegida «estrella bebé» en 1926. En épocas sucesivas fué apareciendo, siempre con creciente éxito, en «Hojas de trébol», «La vuelta de Peter Grim», «Se necesitan dos mu-

Aunque había actuado en gran número de producciones, los admirados directores Murnau y Borzage fueron los que la elevaron con «Amanecer» y «El séptimo cielo» al puesto de primerísima figura de la pantalla mundial.

Su actuación con Charles Farrell fué tan destacada, que desde entonces se les conoce con el sobrenombre de «la pareja ideal». De tal modo simulaban sus amores ante la cámara, que todos creyeron que su matrimonio real era cosa imprescindible. Sin embargo, no fué así, ya que Janet se casó con el abogado Lydell Peck.

Con el advenimiento del cine sonoro, se han revelado en esta artista cualidades que antes estaban ocultas: voz suave, melodiosa y dulce, que completa sus dotes artísticas, reservándole triunfos definitivos.

El encanto y la ingenuidad que emana de la graciosa personalidad de Janet Gaynor, le han valido el sobrenombre de «Virgencita de la pantalla», frase feliz que retrata la gloriosa personalidad de esta gran actriz.



**Desenterrando
viejas cenizas...**

**En París se
vuelve
a hablar de
Max Linder
y de su
testamento**

FILM SELECCIÓN
SIN duda todos recordamos que el 31 de octubre del año 1925, y en una de las habitaciones del Hotel Baltimore, de París, aparecieron muertos de una manera trágica y sospechosa el célebre películero y su esposa, née Peters.

La muerte fué producida por envenenamiento y por haberse abierto ambos las venas de los brazos con una navaja barbera. Los móviles que indujeron al matrimonio a tomar tan terrible resolución no han podido todavía ser esclarecidos a pesar de que se dijo en un principio que el suicidio había sido producido por voluntad propia y de acuerdo ambos protagonistas.

Pero ello ya no nos importa, aunque sí saber cómo antes de su muerte Max Linder — mejor dicho Gabriel M. Lenville, dado que éste era su verdadero nombre y aquél el de guerra — había hecho testamento, por el cual señalaba como tutor de su hija Maud-Lydie, de seis años de edad, a

su hermano Maurice M. Lenville. Pues bien: ahora madame Peters, la suegra de Max Linder, trata de movilizar el proceso de su testamento apelando a un nuevo procedimiento que consiste en hacer ver al Tribunal la nulidad del referido testamento por demencia de su yerno.

Ya antes, la señora en cuestión habíase dirigido a las autoridades judiciales con ánimo de arrancar a su nieta de los brazos de su tutor y hacer suya dicha tutela, ¡pero tras discutirse el asunto, al cabo de dos años, le fué comunicada a la buena señora el fracaso de su petición!

Ante la nueva decisión adoptada por madame Peters, su abogado ha dicho en la Cámara del Tribunal que el testamento había sido rectificado por Max Linder momentos antes de suicidarse, por cuya circunstancia no se le podía considerar como recibido. Se espera también con gran interés el informe que ha de presentar el abogado de Maurice

M. Lenville. ¿Cuál será el resultado de tan sensacional litigio? ¡Cualquiera sabe!... A lo mejor resulta ahora que el dinero que dejó Max Linder se lo ha comido el demonio o cosa parecida...

De todas maneras el pleito está en pie y ello es la causa de que en París se haya vuelto a hablar de Max Linder y de su testamento.

Nosotros, por no ser menos, vamos a hacer que se asome a estas columnas su perfil biográfico, aunque sólo sea ligeramente...

Max Linder era francés, puesto que había nacido en Saint Loube (Gironde), e hijo de un matrimonio de colonos bien acomodados. Vino al mundo el año 1883, y cumplidos los diez y seis años ingresó en la Universidad de París, donde estudió la carrera de Derecho y la de Medicina, no llegando a terminar ninguna de ellas debido a su espíritu inquieto y a su desmedida afición al teatro.

Después de algunas actuaciones brillantes, se decidió por la cinematografía, e hizo papeles secundarios hasta que, una vez en los estudios de «Pathé Frères», debutó como «estrella», filmando su primera película — «La primera salida de un colegial» — con tanto éxito, que se le obligó a filmar otras que obtuvieron idéntico resultado. Por cada una de aquellas películas cobró la «fantástica» cantidad de cien francos. No así después, que llegó a firmar ventajosos contratos e hizo ocho cintas por tres millones de francos.

En el apogeo de su fama Max Linder llegó a Madrid y actuó en el Circo de Price, donde al



dar un salto midió mal el terreno y se rompió una pierna. Ya el año 1912 se presentó en Barcelona, donde la víspera de trabajar en el Novedades dió una sesión íntima en dicho teatro que iba a verse días después repleto de público por la novedad que Max Linder había despertado, particularmente entre las modistillas de aquel tiempo.

Con Max vino la célebre danzarina rusa Napierkowska. El trabajo desarrollado entonces no satisfizo a los barceloneses, que creyeron ver en las tablas al Max Linder de la pantalla y sólo vieron un actor mediocre y de estatura regular.

Al estallar la Gran Guerra, Max hubo de marchar al frente, donde recibió en prueba de su valor dos heridas en el pecho. A consecuencia de ellas, los periódicos y revistas de aquel tiempo publicaron varias fotografías suyas y hubo alguno que aseguró su muerte. Pero por fortuna no fué así, dado que al firmarse el Armisticio y ya licenciado, Max volvió a recibir proposiciones para la filmación de nuevas películas. Tras mucho tiempo de pensarlo, el artista se decidió al fin por una casa americana llamada «Essnay Co.». Enfermo regresó a Francia, filmando luego la adaptación de «Petit café», y otra vez marchó a América a terminar el contrato firmado con la citada casa americana.

Después... Ya todos lo sabemos. Vino su decadencia debido a su agotamiento físico, y otras figuras asomaban en el cielo de la cinematografía con luz propia: Charlot, Douglas...

Max Linder trabajó durante veinte años y filmó unas trescientas películas. Fué el artista cómico más discutido y admirado de su época y el único artista francés que llegó a ser casi millonario.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

UN DÍA CON PEPE AGÜERAS EN MADRID

por R. MARTÍNEZ GANDÍA



ESTABA en su ciudad natal — Zaragoza — descansando, después de unos meses de trabajo incesante en los estudios cinematográficos de Berlín y París. Llegó hasta él la noticia de que John Stone había arribado a Madrid en busca de artistas españoles para llevarlos a Hollywood, contratados por la Fox, y me envió un sobre lleno de fotografías, para que yo se las mostrara a Stone. No hay que decir con cuánto gusto hice el encargo.

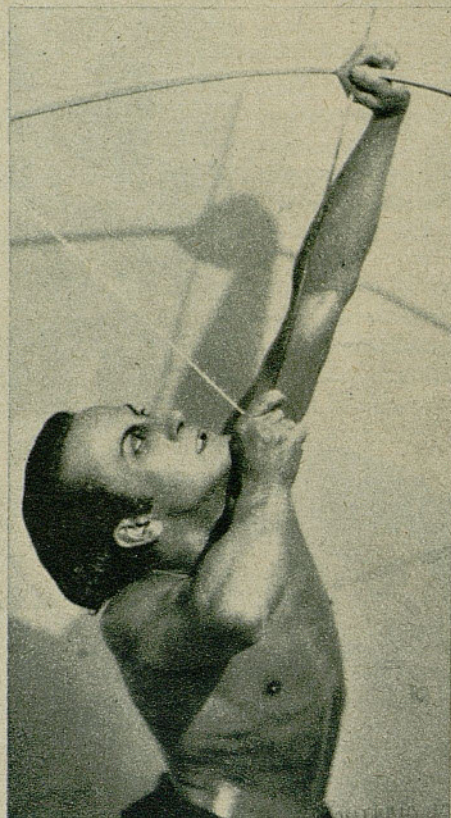
Stone las contempló y me dijo que le trajera lo antes posible el original en carne y hueso. Aquella misma tarde escribí a Pepe Agüeras para que se pusiera en camino. Pero pasaron tres días, cinco, ocho y Agüeras no llegaba. Sólo cuando le mandé un telegrama urgente me contestó con otro diciendo que no podía venir a Madrid ¡hasta tres días después!

Y vino, en efecto. Pero mejor hubiera sido que no lo hiciera. Stone había tomado el expreso de París la noche anterior. Es así como Pepe Agüeras perdió una bonita ocasión de marcharse a Hollywood y la Fox uno de los artistas de la patria que han de brillar más intensamente en las producciones hispanoparlantes.

Yo creía que al decirle que había perdido el viaje se iba a desesperar. Pero él acogió la noticia con una tranquilidad que me irritaba. ¡Sólo a él se le ocurría presentarse en Madrid a los quince días de recibir mi carta! Y si al menos hubiera venido el día anterior, aun hubiera podido hablar con Stone. Pero ahora... Ahora Stone había ya pasado la frontera y con él iban Enriqueta Soler, Carmen Jiménez, Pepe Nieto, Jordán de Urries... ¡Y Pepe Agüeras que podía haberse ido con ellos y dejaba pasar la oportunidad con una frialdad inconcebible!

—¡Y se queda usted tan fresco! — le decía yo, mientras lo empujaba hacia el interior de un «taxi».

—¡Qué le vamos a hacer! No es cosa de ponerse a llorar.



—Llorar, no, querido Agüeras, pero es que usted se ha quedado como si tal cosa.

—En otras circunstancias me habría desilusionado, pero actualmente, no. ¿A que no sabe usted por qué he llegado tarde?

—Por cualquier majadería. Ante un asunto que podía haber sido de enorme importancia para usted, se deja todo.

—¿Todo? ¿Hasta las negociaciones con otras casas extranjeras?

—¡Ah! ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—¡Si no me ha dejado hablar, hombre de Dios! Si no he hecho más que bajar del tren y ha empezado usted a dirigirme reproche tras reproche, con tanta velocidad, que no he encontrado un «hueco» para disculparme...

—Entonces, es que...

—Que estoy en tratos con Berlín y París y no puedo atender a todos...

—¿Y ha habido acuerdo?

—Sí; voy a interpretar una película. Pero yo quiero irme a Hollywood cuando la termine. Por eso me interesaba ver a Stone. —

Hacia algunos años que no veía a Pepe Agüeras. Creo que desde el estreno de «El negro que tenía el alma blanca», en el que interpretó el papel del simpático Nonell, el limpiabotas catalán, romántico y bohemio, creado por la mente de Alberto Insúa.

Era entonces un muchacho delgado, con el rostro completamente afeitado. Hoy, no. Ha venido fuerte, casi atlético, a pesar de que dice que en Berlín se co-

me muy mal. Y lleva un bigotito fino, fino, fino, que no lo mejora ni el propio Gilbert.

Hemos pasado el día juntos. Ante una mesa del único bar americano que existe en Madrid, hemos recordado tiempos pasados, cuando él soñaba convertirse en «as» de la pantalla y yo empezaba a emborronar cuartillas, para desesperación de los lectores.

Agüeras era, hace unos años, además de perito industrial, un enamorado ferviente de la pantalla. Su sueño dorado era poder actuar algún día ante las cámaras. Había por aquellas fechas en Madrid un alemán — Blodner — que buscaba artistas para una película española. Agüeras se enteró que frecuentaba cierto café y allí iba él también todos los días con la esperanza de que aquel señor se fijara en él. Una ingenuidad, ¿no? Bueno, pues, ingenuidad y todo, es el caso que sus esperanzas se vieron totalmente confirmadas.

Blodner se acercó un día a su mesa y le preguntó, sin preámbulos:

—¿Usted no ha pensado nunca dedicarse al cine?

Agüeras le dijo que no y aparentó una gran indiferencia. Llegó a decirle que el séptimo arte le traía muy sin cuidado. El alemán se empeñó en tomarle unas pruebas. Pepe aceptó con un gesto de resignación como si todo aquello le importara un bledo. Pero la verdad es que no deseaba otra cosa.

Hizo con Blodner su primera película. «Los cuatro robinsones» se titulaba y era tan mala, que no pudo ser estrenada.

Otro se hubiera desanimado. Pero Agüeras no. Y poco tiempo después Perojo se lo llevó a París. Era ahora cuando verdaderamente empezaba su carrera. Dejó su vida muelle de muchacho que tiene ocupación cómoda y posición económica, para entregarse de lleno a su vocación de actor.

Cuando Perojo terminó su película se fué a Berlín sin saber una palabra de alemán. Allí pasó

un año angustioso. (Continúa en la pág. 24)

Una escena de
«Misterios de me-
dia noche» pelícu-
la Radio Pictures.

FilmoTeca

de Catalunya

ino,
pro-
una
xis-
pos
irse
aba
spe-
más
fer-
ado
cá-
Ma-
ous-
ño-
aba
dos
quel
lad,
es
to-
a y
edi-
una
e el
ado.
nas
de
im-
que
cula.
era
ada.
Pero
Pe-
an-
era.
que
eco-
a su
a se
de
g. 24)





José Mojica en «El príncipe de Arcadia».

El público se ha estremecido durante mucho tiempo con las fechorías de los «traidores» del cinema, malvados de todas las especies y categorías, con la consiguiente gama de sentimientos malos que caben en el pecho de un villano.

Pero el «traidor» más temible de la pantalla es, sin embargo, alguien que el público no ve y que obliga a los

ingenieros y químicos cinematográficos a trabajar afanosamente durante horas enteras para evitar que llegue a dar indicios de su presencia. Este traidor tan temido en los estudios es la «estática» o sea la electricidad generada en la cámara por la fricción que inevitablemente produce la cinta al desenrollarse: algo así como cuando se generan chispas eléctricas, en tiempo seco, tro-

UN «TRAIDOR» NO CONOCIDO POR EL PÚBLICO

tando la piel de un gato. Tanto los operarios que manejan la película como los técnicos del sonido han de estar siempre ojo avizor, porque la «estática» arroja minúsculas rayitas de luz sobre la cinta y deforma las delicadas estrias que constituyen la fotografía del sonido.

Este fenómeno hace, sobre todo, que sea difícil por demás la impresión de películas al aire libre, en tiempo seco y frío. Para evitarlo, se usa con frecuencia un alambre que, a semejanza de la toma de tierra en los aparatos de radio, baja desde la cámara al suelo, para que así, si se genera electricidad, vaya a perderse en la tierra. En algunos estudios se hace uso de aparatos especiales llamados «absorbentes de estática», o se instalan condensadores apropiados en la cámara.

Y por si este enemigo de la película fuera poco, acaba de descubrirse que las ondas cortas radiográficas aumentan considerablemente el riesgo de la «estática». Los técnicos no han podido aún explicar el porqué, pero están estudiando con empeño el caso. Mientras, la única realidad palpable es que las emanaciones de las ondas cortas afectan a la película, tanto en lo que se refiere al sonido como a la fotografía misma.

Paralelamente a este desconocido fenómeno, en la Armada se descubrió tiempo atrás que era peligroso manejar pólvora cuando se empleaban ondas cortas para la comunicación radiográfica, causa por la cual durante los ejercicios de tiro fué preciso desconectar todos los aparatos de radio en que se usaban dichas ondas a bordo de los buques de guerra.

Los grandes escenarios sonoros de los estudios de Hollywood están cuidadosamente «enterrados», es decir: están provistos de alambres que hacen la toma de tierra. Asimismo, los camiones que hacen el acarreo de gasolina llevan una cadena colgando hasta tocar el suelo, con objeto de evitar la posibilidad de que las chispas eléctricas producidas por la fricción pudieran inflamar el cargamento.

En los escenarios sonoros de la Metro Goldwyn Mayer, funcionan instalaciones refrigeradoras y caloríferas que

mantienen la temperatura a un nivel uniforme de veintidós grados centígrados aproximadamente. A esta temperatura la «estática» ocurre con menor frecuencia y las películas se conservan en el estado normal de expansión requerido para las variaciones microscópicas de las estrias del sonido.

En cambio, cuando se filma al aire libre es preciso emplear otros medios, muchas veces de una complicación o delicadeza insospechadas. Por ejemplo, cuando se filmó «Trader Horn», en África, la cinta de celuloide se guardaba, antes y después de la exposición, en un refrigerador eléctrico colocado en uno de los camiones que servían de laboratorios. La fuerza usada para este refrigerador se generaba en una dinamo y una batería eléctrica instaladas en el mismo vehículo. Igual procedimiento se puso en práctica durante la producción de «El viento», en el desierto de Mojave, sólo que entonces se utilizó el refrigerador de uno de los coches de «Pullman».

Cuando el clima es frío, las películas se guardan en un camión cerrado, provisto de un pequeño aparato de calefacción. El interior de la cámara se calienta asimismo antes de cargarla, y el aparato se recubre con un forro grueso de frazada. Así se hizo cuando se filmó «Monsieur Le Fox», en medio de la nieve en las sierras del Canadá.

Las grandes altitudes ofrecen también sus problemas en el manejo de la cinta de celuloide, como pueden asegurarlo los técnicos que filmaron «Águilas marinas», durante las maniobras navales en el Panamá. Las escenas tomadas desde gran altura en los aeroplanos se fotografiaron con cámaras equipadas de cubiertas especiales de metal, semejantes a las cubiertas usadas en los instrumentos radiográficos y conectadas a condensadores que absorbían cualquier corriente de electricidad que pudiese producir la temible «estática».

La electricidad inducida presenta, además, complicaciones de otro orden en los escenarios sonoros. Si por casualidad algún alambre conductor se halla demasiado próximo a otro, puede generar una corriente inducida o «simpatética», que afecta en ocasiones a la perfección del instrumento registrador. En este



Peggy Ros, estrella de la Fox.

caso, uno de los electricistas se ha de dedicar a la busca de la intrusa, valiéndose del galvanómetro y otros delicados instrumentos eléctricos, hasta que descubre el punto de la inducción y corrige el daño.

Antes de comenzar el trabajo del día en los estudios, se ensayan todos los micrófonos y se prueban todos los conmutadores para descubrir esta clase de

accidentes y su procedencia, en el supuesto de que ocurran.

He aquí cómo el «traidor» más temible de la pantalla está siempre oculto a la vista del espectador, sin que sea por ello menos alevé su proceder. Muy al contrario, cuanto más oculto está, más difícil se hace de atrapar y más celuloide estropea.

CARMEN PINILLOS

OPINAMOS QUE

EL ANZUELO DEL VESTIR, película de la selección Cineaes, interpretada por Dorothy Mackaill, Charles Delaney y Louise Fazenda.

¿Conocéis la ilusión de la muchacha neoyorquina que trabaja en una tienda de modas y aspira a vivir con pompa y boato en la Quinta Avenida?

¿Sabéis cómo se enamora de ella un buen muchacho que «se gana honradamente la vida» trabajando de mecánico?

¿Recordáis cómo llega luego a conocer al hombre millonario que le ofrece joyas y vestidos y, un día, en el cabaret, intenta abusar de ella?

¿Será preciso decir que, al fin de cuentas, comprende su engaño la ilusa y, despreciando el porvenir que, arrepentido, le ofrece entonces el millonario, se entrega amorosamente en brazos del «honrado mecánico»?

Pues eso es, ni más ni menos, la cinta sincronizada de la Firts National Pictures que acabamos de ver en el Salón Cataluña. Ambiente puramente americano; tipos, como en todas las películas que no son más que norteamericanas; la trama, llena de tópicos, sin novedad ni atractivo.

¿Habremos de decir, también, que todo acaba con uno de esos besos tan acaramelados, que parecen prolongarse hasta el infinito? — L. C. R.

MI PRIMER AMOR

(Continuación de la página 9)

Esta oportunidad se presentó en otro baile al que los dos asistimos. Aquella noche, al sentir que sus brazos me rodeaban el talle, al oír de nuevo sus palabras empañadas por la emoción, me convencí de que le amaba un poco.

El supo esperar el momento más propicio para insistir en sus peticiones y supo arrancarme más de lo que yo pensaba concederle. No tuve ocasión de arrepentirme. Arreglamos las cosas de modo que pudiéramos vernos de vez en cuando sin despertar sospechas y, como estas entrevistas eran muy escasas, nos consolábamos escribiéndonos cartas interminables, en las que los términos «amor», «corazón», «ensueño», «ideal», parecían lanzados a boleo. Aun conservo las que yo recibía de él y muchas veces me deleito releyéndolas. Creo que él hará lo mismo.

El idilio terminó cuando él volvió a la Universidad. Al despedirnos me hizo una promesa y me dio un beso.

La promesa no fué cumplida por él y yo la olvidé fácilmente. Lo que recordaré toda mi vida y estoy segura que a él le sucederá lo mismo, es aquel único beso que coronó nuestro amor inocente y un tanto pueril.

Yo tenía a la sazón diez y seis años. ¿Cuántos han transcurrido desde entonces?

Eso quisiera saber usted para averiguar mi edad mediante una sensible suma. Pero mi condescendencia no llega a tanto como su curiosidad.



Depilatorio PERLINA

NOVEDAD CIENTÍFICA

EXENTO DE OLOR DESAGRADABLE

EXQUISITAMENTE PERFUMADO

Blasco-Barcelona

Tarro, 3 ptas. Sobre, 0'50 "

¿QUÉ DEBO LEER?

Guía de lecturas, para hombres, mujeres y niños

Es éste un libro indispensable para todos los aficionados a la lectura, quienes encontrarán en él las indicaciones necesarias para el mejor acierto en la adquisición de toda clase de libros: novelas, poesía, historia, biografía, crítica, arte, viajes, ciencias, ensayos, política, sociología, filosofía, religión, etcétera.

PRECIO DE LA OBRA:
4 PESETAS

De venta en todas las librerías y en la casa editora, SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A. CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 211-BARCELONA que lo remitirá franco de porte al recibo de dicha cantidad por giro postal o en sellos de correo.

UN DÍA CON PEPE AGÜERAS EN MADRID

(Continuación de la página 20)

Le era difícil contratarse. Hubiera podido volver a España, pero su orgullo se lo impedía. Al fin consiguió entrar en una de las más importantes editoras germanas y desde entonces ya no le ha abandonado la fortuna.

Ha sido protagonista de varias películas y hoy, con las películas habladas en castellano, su prestigio va en aumento, siendo varias las Casas — de Berlín principalmente — que le han hecho proposiciones. Realmente Pepe Agüeras es lo que se dice una «ganga», porque a sus magníficas condiciones de actor une el conocimiento y dominio absoluto de tres idiomas: alemán, francés y español. Y no se encuentra así como así un intérprete para tres versiones.

Se ha ido a Zaragoza esta misma noche. Se irá otra vez a los estudios extranjeros dentro de unos días. Y yo apuesto doble contra sencillo a que antes de dos meses lo tenemos en Hollywood.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

DIRECCIONES DE ESTRELLAS ALEMANAS

ACTRICES

Albani, Marcella, Berlin-Halensee, Paulsbornerstrasse, 13; Arnold, Gertrud, Berlin W. 15, Meinekestrasse, 8; Boni, Carmen, Berlin W. 15, Uhlandstrasse, 156; Brink, Elga, Berlin W. 50, Pragerstrasse, 31; Christians, Mady, Berlin-Charlottenburg, 4, Bismarkstrasse, 67; Christy, Lia, Berlin W. 15, Kurfürstendamm, 203-04; Corda, Maria, Berlin W. 62, Budapest Strasse, 18; Dago-ver, Lil, Berlin-Charlottenburg, Arysallee, 4; Dietrich, Marlene, Berlin-Wilmersdorf, Kaiserallee, 54; Hartenstein, Gertrud, Berlin N. 4, Chausseestrasse, 110; Harvey, Lilian, Berlin-Wilmersdorf, Dusseldorferstrasse, 47; Helm, Brigitte, Berlin-Dahlem, Im Winkel, 5; Horn, Camilla, Berlin-Wilmersdorf, Hohenzollerndamm, 207; Jacobini, Diomira, Berlin-Halensee, Cicerostrasse, 60; Jugo, Jenny, Berlin-Charlottenburg, Kaiserdamm, 29; Mara, Lya, Berlin-Charlottenburg, Pommernallee, 5; Maurus, Gerda, Berlin-Steglitz, Thorewaldstrasse, 25; May, Mia, Berlin-Halensee, Kurfürstendamm, 70; May-Wong, Anna, bei R. Eichberg-Film, Berlin W. 8, Friedrichstr. 171; Moja, Hella, Berlin-Charlottenburg, Lietzensee Ufer, 10; Nielsen, Asta, Berlin W. 15, Kaiserallee, 203; Ondra, Anny, Berlin W. 15, Kurfürstendamm, 178; Pension Bergfeld; Oswald, Ossi, Berlin W. 10, Hoenzollerstrasse, 14; Parlo, Dita, Berlin W. 30, Motzstrasse, 87; Tschekowa, Olga, Berlin NW 23, Klopstockstrasse, 20.

ACTORES

Fritsch, Willy, Berlin-Charlottenburg, Kaiserdamm, 95; Gaidarow, Wladimir, Berlin-Halensee, Joachim-Friedrich-Strasse, 53; Gartz, Georg, Waldsiedersdorf, Märkische Schweiz; Götz, Karl, Berlin-Charlottenburg, Lohmeyerstrasse, 2; Greiner, Fritz, Berlin-Steglitz, Albrechtstrasse, 89; Hansen, Max, Berlin-Wilmersdorf, Brandenburgische Strasse, 25; Jaquet, Gaston, Berlin W. 15, Pariserstrasse, 27; Jannings, Emil, Berlin-Charlottenburg, Waitzstrasse, 22; Kayser, Charles, Willy, Berlin SW. 47, Katzbachstrasse, 15; Kraus, Werner, Berlin-Dahlem, Innswarzen Grund, 17; Labitzky, Paul, Berlin C. 54, Alte Schönhäuser Strasse, 58; Land, Hans, Berlin-Halensee, Kronprinzen-damm, 11; Larsen, Viggo, Berlin-Wilmersdorf, Babelsbergerstrasse, 1; Liedtke, Harry, Berlin-Grunewald, Bismarkallee, 16; Mosju-kin, Ivan, Berlin W. 15, Kurfürstendamm, 195; Pavanelli, Livio, Berlin W. 62, Kalkreuthstrasse, 16; Petrovich, Ivan, Berlin-Schmargendorf, Forckenbeckstrasse, 28; Piel, Harry, Berlin NW. 7, Unter den Linden, 69; Polo, Eddy, Berlin W. 10, Von der Heydt-Strasse, 4; Richter, Paul, Berlin W. 50, Tauentzienstrasse, 10; Stuart, Henry, Berlin W. 50, Passauer Strasse, 17; Sim, Igo, Berlin-Schöneberg, Innsbruckerstrasse, 16; Trevor, Jack, Berlin W. 10, Bendlerstrasse, 9; Veidt, Conrad, Berlin-Halensee, Kurfürstendamm, 150; Winkler, Hanns-Heinz, Berlin-Halensee, Joachim-Friedrichstrasse, 26; Ziel, Eugen, Berlin N. 54, Schwedter Strasse, 248.

éste, ya que ahora comprendía que ya lo había perdido todo.

Mientras lloraba, recordó la vieja fábula que solía repetirle la señora Parmalee cuando, durante su infancia, se mostraba codiciosa: es decir, la del perro que atravesaba un puente llevando en la boca un trozo de carne y que lo dejó caer al agua para apoderarse del otro que llevaba el perro que vio reflejado y que le parecía mayor que el suyo. Esto es lo que ella había hecho.

Con alegría permitió que se marchara su marido, para librarse de él y poder casarse con Paolo, contando, además, con suficiente dinero para asegurarse la fidelidad de este último. Pero el príncipe italiano se había casado ya con otra mujer o estaba dispuesto a hacerlo. Y Miles, que fingió portarse con la mayor generosidad, tan sólo pensaba en sí mismo y la sacrificaba a ella, prefiriendo a una muchacha ordinaria y vulgar que viviría en aquella hermosa casa y gastaría los millones de Miles.

Isabel ya no se refa del consejo de la vieja Carolina Sheridan. Nazlo, que era hombre de mundo, le indicaba lo mismo, aunque dándole motivos que comprendía. Ya no estaba desesperada, sino excitada y frenética. Era preciso hacer algo para olvidar aquella angustia y que, al mismo tiempo, pudiese arreglar la situación. Iría a Argel a sorprender a Pablo..., pero no. Antes telegrafiaría a Eustaquio Nazlo, preguntándole si conocía la ruta del «Silverwood». Sin duda alguna estaba enterado de ello. Era posible que Miles y que aquella muchacha se hallasen también en Argel. ¡Ojalá fuese así! Mas era preciso cerciorarse, antes de hacer algo irremediable, de si su Pablo estaba casado o no. En caso negativo y suponiendo que aun quedase en él una chispa del antiguo amor, tenía la seguridad de reanimar la hoguera y reconquistarlo. Entonces ya no le importaría el escándalo que Miles estuviese creando, porque caería exclusivamente sobre su cabeza. Y si Pablo se había casado, ya lo castigaría indisponiéndolo con su suegro. Ade-

más, conservaría a su marido y no se divorciaría de él a pesar de cuanto hubiese hecho. Seguiría siendo la señora Miles Shesidan.

Con manos temblorosas y derramando lágrimas redactó un telegrama para Nazlo. De uno de sus cajones del escritorio abrió un cajoncito secreto. Se difundió un suave perfume, que era el preferido de Pablo di Salvano. Allí había un paquete de cartas de amor, atado por una cinta, como si fuese una momia embalsamada.

El telegrama del Capitán Vale, expedido en Argel, a nombre de Miles y con destino a Bousaada, decía:

«INESPERADAMENTE LLEGÓ SEÑORA SHERIDAN, DE NUEVA YORK. VINO A BORDO Y OCUPA SU CAMAROTE. PREGUNTÓ SUS SEÑAS, PERO COMO USTED ME DIÓ INSTRUCCIONES PARA NO COMUNICARLAS, NO QUISE HACER EXCEPCIÓN EN FAVOR DE ELLA.»

Había ocurrido lo increíble. Isabel estaba en Argel..., suponiendo que el telegrama dijese la verdad.

Miles no podía comprender nada. Se rió de su tía cuando ella le profetizó tal cosa y le dijo que creería en el amor de Isabel cuando la viese a bordo del yate. Y ahora no tenía más remedio que creer, si el telegrama no era falso.

Y aun esto último le parecía más probable que la presencia de Isabel a bordo del «Silverwood» en Argel, porque si estaba allí, ello sólo podía significar una cosa, y es que había cambiado de opinión y no quería divorciarse.

Al decirse eso sintió una punzada en el corazón. Y recordó a Salvano y a aquella joven en la terraza del San Jorge. ¿Acaso el italiano abandonó a Isabel por otra mujer más rica y más joven, y su esposa se proponía conservar a su marido? Eso sería muy propio de Isabel.

Y al pensar en el egoísmo de su

siasmo. El viejo no quería que Rosa tuviera amores con Salvano, aunque consintió en seguir tratándolo como amigo para evitar que la gente supusiera otra cosa peor. Además, el padre amenazó con llevarse a Rosa a Europa, y por eso Catalina asegura que la niña y Paolo se apresuraron a casarse.

— No puedo creerlo — replicó Isabel con ahogada voz, porque Lili Anderson estaba enterada de casi todos los detalles de sus amores. — Paolo me ama y tan sólo *flirteaba* con Rosa. Además...

— Ya comprendo que es horrible, querida mía, pero Salvano andaba detrás del dinero. Estoy segura de que tú le gustabas mucho más que Rosa, puesto que eres más elegante y más bonita. Ella, en cambio, es soltera, cosa que para algunos hombres tiene bastante atractivo, después que han *flirteado* con nosotras las mujeres casadas. Y como Rosa es o será tan rica, supongo que él no pudo resistir la tentación.

A Isabel le pareció que una mano cruel le arrancaba el corazón.

— Pero si el padre de la chica estaba irritado con Paolo, tal vez no le dará ningún dinero — arguyó, desesperada. — En tanto que yo...

Mas no pudo terminar la frase.

— El padre no es capaz de negar nada a su hija, siempre y cuando ella se lo pida con insistencia. Así me lo ha asegurado Catalina — continuó diciendo la señora Anderson—. En cuanto la niña finge desmayarse o tener un ataque, su padre se apresura a darle lo que quiera. En cambio, Salvano tendrá que esforzarse mucho en conquistar al viejo. Parece que Rosa indicó a Catalina que existía un secreto. Díjosele antes de marchar hacia Europa, y Catalina adivinó el resto. Rosa no confesó ni negó lo del casamiento, si bien rogó a Catalina que se callara. Esta guardó silencio hasta que se hubo convencido de que Rosa había hablado de igual modo con dos o tres muchachas y una de ellas no pudo tener la lengua quieta. Por esto se dijo que quedaba libre de su

promesa, ya que todo el mundo en Nueva York estaba enterado del casamiento de Rosa Callahan y de Salvano. Yo, al saberlo, no he tenido fuerzas para contenerme, y más sabiendo que Catalina también te lo diría. Ahora, querida mía, no te desanimes y pórtate con valentía. No hay necesidad de que las malas lenguas digan que te mueres por un principillo italiano.

Isabel no pudo contestar, porque le ahogaban los sollozos. Se apresuró a colgar el receptor, segura de que Lil comprendería su estado, y se arrojó sobre los almohadones del sofá, escondiendo en ellos el rostro.

Había perdido a Paolo. Su hermoso italiano era un traidor. Ya no lo vería más.

Habíase casado con una muchacha rica y vulgar, o no tardaría en hacerlo. No sabía si tendría fuerzas para resistir aquel golpe.

Todos se reirían de ella, porque todo el mundo estaba persuadido de que, por lo menos, hubo un *flirt* entre los dos. Y en cuanto fuese público el escándalo de Miles y de Julieta Divina, escándalo ya por completo inútil, la gente diría que ella no podía conservar ni a un amante ni a un marido.

Era inútil decirse que tal vez no fuera verdad lo que acababan de contarle acerca de Paolo. En su interior estaba persuadida de la certeza de tales noticias. E incluso lo había adivinado cuando se quedó sin saber nada de Paolo y al ver que era imposible hablar con él por teléfono. Ahora se decía que ya entonces estaba convencida de que lo había perdido.

Era demasiado horrible. Ella, Isabel Sheen, Isabel Sheridan, que estaba acostumbrada a alcanzar grandes éxitos, sería, en adelante, una mujer abandonada y que ya no contaba para nada. Entonces deseó haber sido lo bastante valerosa en el momento de ser sorprendida por Miles, a fin de negarle que Salvano era algo más que un amigo. En tal caso, por lo menos, aun le quedaría su marido. Su situación sería tan buena

como siempre. Ahora, en cambio... Y se sintió invadida por la pena al pensar en el futuro y al decirse que las mujeres de quien ella se riera le devolverían sus burlas con creces.

No tuvo ánimo para pensar en eso. De pronto recordó la carta cuyo sobre rasgó en el momento de oír la llamada de Lil, es decir, la carta de aquel Eustaquio Nazlo.

CAPÍTULO XXXIII

EUSCÓ Isabel la carta sintiendo el deseo vago de distraer sus desagradables pensamientos, hasta que pudiese decidir qué conducta le convendría adoptar. Al principio, no pudo hallar la carta en parte alguna, mas, al fin, la descubrió bajo un montón de almohadones del sofá.

Al leer de nuevo el principio: «Distinguida señora Sheridan», recordó con rapidez la noche que pasó en Los Angeles, cuando el Rey del Calzado se sentó a la mesa, a su lado. El príncipe Pablo di Salvano la llevó al comedor y ella le dedicó toda su atención, aunque de vez en cuando dirigía una palabra o una sonrisa a Nazlo. Recordó su rostro enérgico e inteligente. ¿Para qué le escribiría? Por un momento la curiosidad le hizo olvidar el dolor.

«Distinguida señora Sheridan:

»Probablemente se sorprenderá usted al recibir esta carta. Es posible que no haya vuelto a acordarse de mí desde que nos conocimos en Los Angeles, mas yo la he visto muchas veces, aunque no hemos tenido ocasión de volver a hablar desde aquella agradable temporada de California. El recuerdo de usted me ha sido siempre muy grato, y en mi mente he conservado una fotografía mental de su persona, es decir, de una encantadora y risueña señora que tiene todo cuanto puede apetecerse en el mundo.

»No me atrevería a escribirle si no tuviese el temor de que pelagra su felicidad. Como sincero y respetuoso amigo, no puedo permitir que la amenace el peligro de un escándalo, que

no merece, sin avisarla para que se aperciba. En cuanto esté usted enterada quedará en libertad de tomar las medidas que crea convenientes y, en todo caso, espero que me perdonará en gracia a mi buena intención.

»Por casualidad he encontrado hoy al señor Miles Sheridan (a quien conozco de vista) en el Casino de Monte-Carlo, donde yo me hospedo. Le acompañaba una mujer que a la primera ojeada me pareció joven y cuyo nombre habrá usted oído: Era Julieta Divina, muy conocida como corista y que trabaja de vez en cuando, teniendo éxito por su belleza más que por su talento, aunque también se ha hecho notable por otras causas. Suele conocerla igualmente por «La Muñeca del Millón de Dólares».

»Al fijarme mejor comprendí en seguida que estaba equivocado, porque la compañera del señor Sheridan no era la señorita Divina, aunque el parecido fuese casi completo. Su compañera tenía mucha menos edad que Julieta Divina, y si físicamente es igual que ella (excepción hecha de la suavidad que le presta su juventud, en vez de la dureza de la experiencia), mental, moral y espiritualmente es distinta por completo.

»Un azar me permitió conocer la existencia de una joven en extremo parecida a la señorita Divina, y si bien no tengo de ello la certeza absoluta, creo que deben de ser hermanas. Extrañado de que aquella joven estuviese con el señor Sheridan en Monte-Carlo, pronto averigüé que viajaba con él en su yate, representando el papel de Julieta Divina y permitiendo que todo el mundo la tomase por tan notable mujer.

»Si la joven que viaja a bordo del

yate hubiese sido la señorita Divina, ello no me habría importado nada en absoluto, y lo más probable es que yo no la molestase a usted con esta carta. Antes o después se habría enterado de ello y en caso de querer divorciarse de su marido, la asistiría pleno derecho de hacerlo. Mas tal como están las cosas y gracias a la luz que se hace ante el tribunal de divorcio, pronto se averiguará la verdadera identidad de esa joven. No tiene más de diez y siete años, suponiendo que los haya cumplido, y hace pocos meses estaba interna en un convento de *Long Island*. No sabía cosa alguna del mundo y era tan inocente como un recién nacido, hasta que, por extraño capricho de la casualidad, se vió arrojada en brazos del marido de usted. Lo que haya sido de ella desde entonces lo ignoro por completo. Pero el mundo querrá saber eso y aun algo más, si es posible, en el caso de que se enteren de este asunto los periódicos para publicarlo como cosa sensacional.

»Es indudable que ha existido una conspiración contra esa joven, que la ha llevado a la situación actual, y el culpable habrá sido la misma Julieta Divina o tal vez su poco escrupuloso padre, en el supuesto de que las dos muchachas sean hermanas. El señor Sheridan habrá sido víctima de un engaño, aunque no parece probable, mas lo cierto es que podrá ser acusado de raptor de menores. Mi opinión personal, suponiendo que usted me perdone por mencionarla, es la de que su marido debió de conocer y enamorarse de esta niña, que buscó el modo de libertarse por medio del divorcio, y eligió éste dando por supuesto que usted obraría de acuerdo con sus propósitos. Es preciso que un hombre esté casi loco para correr el riesgo de tal escándalo, si bien ya sabemos que en la vida real, así como en las novelas, hay hombres que pierden la cabeza ante una mujer hermosa. Creo que el señor Sheridan desea casarse con esta muchacha, en apariencia para reparar su acto, aunque en realidad lo haga porque está enamorado de ella.

»Comprendo, distinguida señora, que no me asiste ningún derecho para darle a usted consejos, pero como nadie más que yo conoce los hechos verdaderos, tal vez excusará la libertad que me tomo basándome en la amistad que por usted siempre he sentido.

»Quizás no pueda usted perdonar a su marido por esta infidelidad; pero aunque así sea, ¿por qué no viene usted a reunirse con él, a fin de impedir el escándalo desagradable que se avecina? Aun en el caso de que más tarde quiera usted recobrar la libertad, podrá hacerlo de un modo menos desagradable, que le recompensará esta pequeña demora. Vaya usted a Reno o a París.

»Y rogándole de nuevo que me perdone, le aseguro que tendré mucho gusto en ayudarla en lo que pueda. Entre tanto, me suscribo su respetuoso y s. s. q. b. s. p.

»EUSTAQUIO NAZLO.»

«P. D. En caso de que quiera usted escribirme o telegrafiarle, puede hacerlo a Monte-Carlo y al cuidado de Cook. Yo recorreré la Riviera francesa e italiana y hasta es posible que vaya a Argel antes de regresar a Nueva York.»

En cuanto Isabel hubo terminado la lectura de la carta de Nazlo, empezó a darle vueltas la cabeza. Estaba fuertemente indignada por su proceder, como si fuese un marido infiel que engañara con la mayor crueldad a una amante esposa. Lo que había hecho era inaudito y monstruoso. Tuvo el impulso de escribirle una carta para manifestarle su opinión acerca de él y llamando a las cosas por su nombre, si no peor. Y hasta se sorprendió imaginando algunas frases. Pero de pronto, y con gran sorpresa suya, se echó a llorar.

Los sollozos parecían desgarrarle la garganta y apenas podía respirar. Las lágrimas resbalaban por sus ardientes mejillas de tal manera, que su primer llanto por la pérdida de Paolo era infantil comparado con

ALBUM DE FILM SELECTO

Filmoteca
de Catalunya



LAWRENCE TIBBET

ALBUM DE
FILM SELECCION

Filmoteca
de Catalunya



NORMA TALMADGE